



LENGUADEDIABLO  
■ COLECCIÓNPIXEL

# EL FABRICANTE DE CENICEROS SISINIA ANZE TERÁN

*El fabricante de ceniceros*

D.R. © 2021 Sisinia Anze Terán

Foto de portada: Pixabay.

D.R. Para esta edición © 2021 Lengua de Diablo Editorial

Pueblo de San Antón, Cuernavaca, Morelos, México

<http://www.lenguadediablo.com>

<http://www.twitter.com/lenguadediablo>

<http://www.facebook.com/lenguadediablo>

Primera edición marzo 2021 todavía en pandemia por el Covid19.

EX-LIVRIS: Jacobus de Teramo - *El Demonio ante las Puertas del Infierno*, del libro “Das Buch Belial”; publicado en Augsburg, 1473.



Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de: Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. La licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia.

**Bajo los siguientes términos:**

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

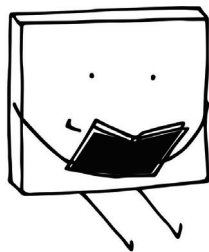
NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

SinDerivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción en cualquier forma. *All rights reserved, including the right to reproduce this book, or portions thereof, in any form.*

Impreso y hecho en México. *Printed and made in Mexico.*

**EL FABRICANTE  
DE CENICEROS**  
**SISINIA ANZE TERÁN**



LENGUAdeDIABLO  
■ COLECCIÓNPIXEL



**LENGUA DE DIABLO**  
\*\*\*\*\*  
**EDITORIAL**

## El fabricante de Ceniceros

Me sentía harto de tanto traqueteo, por lo que tomé la decisión de saltar aun cuando el viejo camión seguía en marcha. Me arrimé al borde de la destartada carrocería e, inhalando profundo, salté a un lado de la carretera. Caí dando tumbos en medio de una nube de polvo que me sumió en la más asfixiante penumbra. Cuando ésta se disipó frente a mis irritados ojos, apareció un hermoso valle cuarteado por sembradíos y extensos campos llenos de árboles altos y tupidos que se alineaban a ambos lados del camino. Maravillado de tanta belleza, avancé junto a los cauces de arroyos y hoyadas. En el oeste, a lo largo de una distante loma arbolada, se iban apagando los últimos esplendores del atardecer sobre una pintoresca población. Al cabo de unos minutos el cielo empezó a encapotarse con negras y movedizas volutas de nubes. Una inminente tormenta se anunciaba, y supe que debía buscar rápidamente un refugio. Comenzó a llover y, a medida que yo aceleraba el paso, la lluvia caía con mayor fuerza. Intenté encontrar un lugar de cobijo; sin embargo, en los alrededores no había ni un solo lugar donde pudiera resguardarme. Me detuve un momento y, enjugándome el agua que se deslizaba por mi rostro y empapaba mi suéter marango de piel, traté de ver a través de la cristalina cortina de agua. A unos cien metros de donde me encontraba vi a un hombre que grácilmente caminaba bajo la lluvia. Era mi oportunidad. Corrí hacia él.

—Amable señor —le dije—, ¿sería tan gentil en permitirme acompañarlo? —pregunté.

El hombre me miró de pies a cabeza con una sonrisa de oreja a oreja; tuve la impresión de que mi figura le resultaba familiar. Caminamos en silencio un largo trecho con los cuerpos encorvados, como si de esa manera pudiésemos evitar mojarnos más de lo que realmente estábamos.

Yo saltaba de una piedra a otra para evitar caer en los charcos; esto le causaba gracia.

Caminábamos hacia a una pequeña casucha cercada por viejos troncos, cuando escuché una especie de chillido ahogado que provenía del bolsillo de la camisa de mi acompañante. Una afilada y gris cabeza se asomó.

El hombre empujó la puerta que rechinó al abrirse. Ingresamos a un pequeño y desordenado ambiente. El cuarto estaba ligeramente matizado de plata y de azul; tenía algo de crepuscular. En él se encontraban la cocina, el comedor y una pequeña sala con viejas piezas de diferentes juegos de antiguos muebles, cuyas formas alargadas, postradas y lánguidas, poseían un extraño aire de tristeza. El hombre encendió un quinqué a kerosene y, poniéndolo sobre la mesa, me invitó a acomodarme a su lado. No sé por qué, pero tuve la viva sensación de que había alguien más con nosotros. El hombre se puso de pie y se perdió en la oscuridad de una habitación.

El hedor a tierra enmohecida más una fetidez dulzona a orín se había intensificado como si millones de efluvios hubiesen escapado del fondo de una cripta recién profanada. Ese aroma a rancio sacudía mi espíritu durmiente para luego mecerlo en sensaciones de frenesí. Empecé a recorrer la mirada por todos los rincones: las estrechas y tristes ventanas azotadas por la intensa lluvia, las vigas del techo de donde colgaban grandes telarañas sobre las que el polvo se había amontonado de tal manera que parecían trapos desgarrados por el peso de tanta mugre. Rogué para que la lluvia no cesara. De haber sido por mí, me habría quedado en aquel lugar toda la vida.

—Aquí tienes —me dijo, pasándome una gastada toalla—. Sécate, que tienes esas greñas empapadas —rió divertido—. No querrás pescar un resfriado, ¿no es así?

En cuanto tomó asiento, aproveché para estudiar su perfil realzado por la dorada luz que la lámpara despedía. El rostro del hombre tenía una expresión pesarosa, los

suaves mechones grises de su cabello le daban un aura de calidez que en absoluto encajaba con su profunda y misteriosa mirada.

—¿De dónde vienes? —me preguntó, mirándome amistosamente.

—De ningún lado en particular —apostillé, mientras me frotaba el cuerpo con la toalla—. Soy un alma libre que recorre el mundo para explorarlo —le dije, viendo como el hombre me miraba atentamente con una sonrisa afable—. He recorrido distancias impensables, me he resguardado en todo tipo de lugares, hasta debajo de los puentes, aunque no me lo crea. He trajinado tanto que ya no sé de dónde soy —sonreí—. Se podría decir que soy de todas partes y de ninguna a la vez.

—Ya veo—dijo—. Yo nací en este hermoso valle—aseveró, mientras le daba un retazo de pan duro al pequeño que cargaba en el bolsillo de su camisa.

—Es un lugar muy hermoso —dije, mirando encantado al animalito que ondulaba su cola mientras ávido devoraba el pan.

—Soy de estas tierras —me dijo—, al igual que mi padre, que su padre y el padre de su padre.

—¿Vive aquí solo? —pregunté, arrastrando los ojos de un extremo al otro de la casa.

—¿Solo? No. Vivo con mis compañeras y amigas —contestó, esbozando una sonrisa.

—¿Amigas? ¿Compañeras? —pregunté, mirando a los alrededores constatando que no había indicios de que alguien más viviera con él.

—Así es, mis amigas y compañeras —contestó.

—Y ¿a qué se dedica usted? —pregunté, cambiando de tema para no incomodar a mi anfitrión.

—Me dedico a la fabricación de ceniceros. Es una profesión de familia. Mi abuelo fabricaba ceniceros, mi padre los fabricaba, mis tíos también los fabricaban y ahora yo soy el último de la familia que los sigue haciendo.

—Sin embargo, la gente ya no fuma como solía hacerlo —recalqué, arrepintiéndome inmediatamente del comentario.

—Así es, viendo cómo se pintan las cosas, dentro de poco me quedaré sin trabajo —corroboró, sonriendo tristemente—. Y tú, ¿a qué te dedicas? —me preguntó, acariciando la cabecilla del animalito.

—No me dedico a nada específico. Recorro el mundo, abierto a toda clase de aventuras.

—Pero, ¿de qué vives? Algo debes hacer para ganarte el pan de cada día.

—Bueno, hasta ahora he tenido mucha suerte; casi siempre he encontrado algo para comer. Sin embargo, otras veces no. He pasado hambre, si es eso lo que deseaba saber.

—¡Quién soy yo para juzgar! —dijo, poniéndose de pie—. Hablando de pasar hambre, me vas a disculpar. No te ofrecí nada. ¿Deseas un poco de leche tibia? —preguntó, dirigiéndose a la cocina.

Yo asentí tímidamente y enfoqué mi atención en el pequeño compartimiento que hacía de cocina. Había una mesa en la que se encontraban varios utensilios: un plato hondo, una taza, un platillo, una cuchara y un cuchillo; pero según él, no vivía solo.

—Aquí tienes —me dijo.

Me quedé boquiabierto al ver que me había servido leche tibia en un platillo de pan. Pero yo estaba con tanto frío, cansado y muerto de hambre, que no profundicé mucho en el asunto e, inclinando mi cabeza, bebí ávidamente. Mientras tanto, el hombre se dirigió a la habitación al lado de la cocina y lo escuché hablar en la oscuridad.

—No se preocupen, no es malo. Sólo su mente confunde la realidad —dijo en voz alta—. Tranquilas, ustedes no corren ningún peligro. No hay de qué preocuparse. Ya verán que tiene un corazón noble.



Creí que el hombre estaba hablando consigo mismo. Sin embargo, al instante distinguí en la penumbra de la habitación varios pares de pequeños ojos relucientes que me miraban fijamente.

—Perdóname. Pero me estaban llamando —dijo, cerrando la puerta y acercándose a la mesa.

—¿A quiénes se refiere? —pregunté alterado.

—A mis compañeras. Se sienten un poco inquietas con tu presencia.

—¿Pero, a qué compañeras se refiere? —añadí, poniéndome de pie y dando unos pasos atrás.

—No hay por qué asustarse. Ellas son confiables.

—¿Quiénes ellas? ¿De quiénes habla?

—¿De veras no las has visto? —preguntó, metiendo la mano dentro del bolsillo de su camisa para sacar al animal que dormía dentro —Ella es Josefina— dijo, rascando el pequeño y voluminoso vientre del animalillo.

—¿Esa rata? —inquirí, sobresaltado.

—No deberías expresarte así de ellas; de esa manera tan despectiva —dijo en un tono molesto.

—Bueno, señor, no se enoje, pero yo siempre escuché que son sucias y que transmiten enfermedades.

—¡Patrañas! Ellas son criaturas incomprendidas, odia-das injustificadamente. Si la humanidad viera lo que yo veo en ellas, cambiaría su forma de pensar.

—¿Qué es lo que ve en ellas, señor?

—Veo una especie que ha sabido subsistir en un entorno agresivo. Son unas sobrevivientes; por más que el hombre haya intentado deshacerse de ellas durante siglos, no ha podido —afirmó— ¿Sabes por qué?

—¿Porque se reproducen rápidamente?

—No sólo eso. Han sabido adaptarse en un mundo donde no son bienvenidas. Los prejuicios y las supersticiones las han empujado a las alcantarillas, basureros, huecos, en fin, en cualquier espacio donde estén a salvo del hombre —soltó la rata en el suelo y el pequeño animal corrió

hacia la puerta de la habitación, la empujó con su cabeza y, abriéndola un poco, entró—. Tú mejor que nadie deberías saber todo eso.

— ¿Por qué lo dice?

—Tú mismo me has dicho que has recorrido distancias inimaginables, que has estado en todo tipo de lugares, incluso, hasta debajo de puentes. Sabes lo que es no pertenecer a ninguna parte.

—Sí, pero jamás me he rodeado de ratas.

—Deja que te cuente cómo es que llegaron a mi vida. ¡Quién sabe! Al escuchar mi historia podrías cambiar de opinión —dijo, tomando asiento y cruzando los dedos—. Cuando mi padre murió y mis hermanos se fueron, me quedé al cuidado de mi madre que sufría de reumatismo. Ella tenía terror a la soledad, por eso yo no quería que, estando enferma, se quedara sola; así que dejé de lado todos mis sueños y decidí permanecer junto a ella. Los años pasaron y, poco a poco, los parientes que teníamos fueron muriendo o se marcharon a otros lugares. Cuando llegó el día en el que sus horas se acabaron, la vi tendida en su lecho, frágil e indefensa. Mi madre, la que me trajo al mundo, mi compañera y única amiga se había ido, pero yo no me resigné a su ausencia. ¿Qué iba yo a hacer sin ella? No podía enterrarla, así que decidí conservarla aquí, conmigo, a mi lado, cerquita mío —suspiró profundamente y continuó—. Al cabo de una semana, ellas empezaron a aparecer, primero unas cuantas que rondaban alrededor de su catre, luego fueron tomando confianza y empezaron a trepar por las sábanas ¿Pero qué podía haber hecho yo? O dejaba que terminen su festín o las eliminaba.

— ¿Por qué no las eliminó?

—Porque, cuando acabaron el festín, mi madre había resucitado en cada una de ellas. Así que empecé a cuidarlas, a alimentarlas, a darles cariño. Al poco tiempo me tomaron confianza y empezaron a hablarme.

—¿A hablarle? ¿Las ratas?

—Así es, tú también podrías escucharlas si les prestaras un poco de atención. Especialmente tú —dijo, sonriente—, y es más, tú me gustas mucho. Podrías quedarte con nosotros y ser parte de esta familia ¿Qué dices?

Me quedé en silencio, imaginando a la pobre señora siendo devorada por las ratas en su propio lecho ¿Por qué querría ese hombre que yo me quedara a vivir con él y esos menudos y siniestros figones, esos asquerosos animales que eran conocidos por su insaciable voracidad? No, había algo enfermizo en todo eso. Sabía muy bien el peligro que esos dientes agudos y brillantes representaban. Entonces oí chillidos penetrantes, un murmullo inquieto y el rumor presuroso de una multitud de patas que arañaban o revolvían algo dentro de la habitación al lado de la cocina. Mis peores temores cobraron vida cuando varias docenas de enormes ratas salieron y empezaron a observarme atentamente. Eran deformes, grandes como gatos; sus cuerpos grises y repugnantes parecían estar en perpetua agitación. La horda insaciable, cuyos ojos malignos parpadeaban bajo la tenue luz de la lamparilla de kerosene, se acercaba enseñando sus dientes amarillos y emitiendo inquietos chillidos.

—¡Tranquilas, tranquilas! No quiso ofenderlas. Simplemente es un alma trastornada. Sólo Dios sabe qué le habrá pasado —dijo el hombre a las ratas.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que dicen? —pregunté alterado al ver como se amontonaban en círculo dejándome al medio.

—¿De veras no puedes entender lo que dicen? —preguntó, mirándome extrañado.

—¡Claro que no! Y francamente no entiendo cómo es que usted sí puede.

—El cerebro es un órgano maravilloso y enigmático. Existen muchas puertas cerradas que, con un poco de paciencia y constancia, podemos abrir —dijo, mirándome

con compasión—. En tu caso, creo que pasó lo contrario; al haberte dedicado a recorrer el mundo solo, perdiste tu identidad y, al hacerlo, cerraste algunas puertas y ahora no comprendes tu propia naturaleza.

—¿Mi propia naturaleza? No entiendo lo que quiere decir —dije, advirtiendo que las siniestras amigas y compañeras de mi interlocutor se me iban acercando a tal punto de dejarme encerrado en el círculo. Me sentí acorralado.

—Permíteme que te muestre —acotó, poniéndose de pie y perdiéndose en la habitación del fondo.

Cuando salió, trajo consigo un pequeño espejo el cual colocó frente a mí, sobre la mesa.

—Apuesto que nunca te has mirado en un espejo —aseveró, tomando asiento a mi lado.

Cuando acerqué el rostro al espejo y vi mi reflejo quedé paralizado. De repente, los agudos chillidos de la enardecida horda empezaron a distorsionarse, a menguar cambiando de tonalidad acústica. De pronto, ya no eran chillidos, sino vivas voces que decían:

—¡Dile que se largue! No queremos que se quede en la casa —lanzaban gruñidos desesperados—. ¡Se cree superior a nosotras!

Volví a enfocar mi atención en el reflejo del espejo: el pelaje gris marengo, la cabeza pequeña y triangular, el hocico largo y puntiagudo, el par de orejas siempre alertas, y los ojos, los pequeños ojos negros como el ónix lanzándome esa mirada de incredulidad.





## La Casona

Ahí está —señaló Carlos con el dedo índice. En el lugar se podía ver el pico escarpado de la montaña apenas como un perfil aureolado por el sol, que empezaba a ocultarse detrás. Faltaba muy poco para completar el viaje. Por debajo de ellos se extendía el fondo del valle. Las pendientes que acababan de trepar en el viejo jeep eran a tal punto vertiginosas que Tania tuvo la impresión de que si miraba mucho tiempo hacia abajo se marearía y terminaría por vomitar. Con un súbito espasmo, apartó la mirada del abismo. El camino ascendía trepando siempre pero en un ángulo menos empinado. Cuando estuvieron a mayor altura, incrustados en la pendiente misma, vio cómo los eucaliptos y pinos aferrados a la tierra daban paso a una amplia zona de verde hierba en medio de la cual, dominando todo el panorama, se levantaba la casona. Al llegar, Tania recuperó el aliento. —¡Oh, Carlos, por fin! —¿No es hermosa? —preguntó él. —Hermosa, sí, pero el camino resultó ser una pesadilla. Ahora entiendo por qué no podían conseguir un conserje. —Pagan bien, cariño. —Lo sé. Sólo espero que nos recuperemos y volvamos a nuestra vida de antes.

Bajo el umbral de la puerta de entrada, los esperaba el contratista. Después de los saludos y presentaciones formales ingresaron. —Qué elegante —señaló Carlos. —¡Vaya!, sí que es magnífica. ¡Miren, chicos! Pero los pequeños se perdieron por los pasillos corriendo y riendo. El hombre los condujo a la segunda planta para mostrarles todas las habitaciones que debían mantener limpias. —Una vez a la semana se debe hacer la limpieza de todas las habitaciones del piso. Abrir ventanas y dejar entrar luz y aire fresco por unas horas. —Espero que podamos mantenerlos así de relucientes como están —opinó Tania, un poco angustiada. —No se preocupe, señora. Unos días antes de que los Coleman estén de regreso, vendrán

de una empresa de limpieza y dejarán la Casona impecable —dijo y Tania sonrió aliviada. Luego, bajando a la primera planta, les mostró el resto de la casa. El contratista no paraba de hablar, abriendo y cerrando puertas y gavetas. —Aquí está la despensa donde encontrarán toda clase de enlatados, también la cámara frigorífica donde encontrarán todo tipo de alimentos congelados. Pueden hacer uso de todo lo que deseen. —Y aquí ¿qué hay? —preguntó acercándose a la puerta. —¡Ah! Ahí es dónde se alojarán ustedes —dijo, dirigiéndose hacia las gradas—. Estoy seguro que les gustará. Es una especie de garzonier dentro de la misma Casona. Abrió la puerta y entraron. Parecía un pequeño solárium, cuyo techo de vidrio se alzaba a unos tres metros de altura. —Éste es el saloncito de estar. De día es muy iluminado. Había sillas y sillones que parecían cómodos, al centro una mesita para el café, dos estanterías atestadas de libros y un televisor. Detrás de la salita había tres puertas, una de ellas era la habitación que asignaron a Carlos y a Tania, al medio había un baño grande que se comunicaba con la habitación de Carlos y, al otro extremo, la habitación que habían asignado a los pequeños. —Pasen, por favor —dijo abriendo la puerta que daba a un dormitorio espacioso y ventilado, dispuesto con una cama matrimonial—. He aquí su habitación. Espero que sea de su agrado. —Pero por su puesto. Es mucho más de lo que esperábamos —dijo Tania. Luego entraron al segundo dormitorio que estaba equipado con dos camitas de una plaza. —Aquí será su habitación, pequeños —les dijo. —Bueno, creo eso es todo. Ahora debo irme. ¿Tienen alguna pregunta? —indagó el contratista. —Creo que estamos bien. —De acuerdo. Entonces mi trabajo aquí terminó. Los dejo. Tengo que apurar el paso. La noche está cayendo. —Muchas gracias por darme el trabajo —agradeció Carlos, estrechándole la mano al hombre. El sol ya estaba detrás de las montañas iluminándolas con un fulgor de fuego que teñía de color carmesí las sombras



de todas las cosas. El contratista subió a su vehículo y se alejó. Ahora estaban solos y a cargo de la enorme mansión.

Las dos primeras semanas fueron placenteras para los Vásquez. Los días trascurrían sin mayor novedad. Un día, cuando Carlos limpiaba los ventanales miraba el paisaje y se sentía en paz. Ya no pensaba en la mala racha en que habían caído el año anterior. De repente, vio las luces de un automóvil que se acercaba. El automóvil se parqueó ruidosamente en la entrada para coches, al lado del jeep rojo. Las luces del automóvil se apagaron. El motor rezongó un momento antes de detenerse del todo. Carlos fue al encuentro de los recién llegados. —Buenas noches, señor. Se nos calentó el motor y queríamos ver si nos puede prestar teléfono —dijo el hombre que se había bajado del lado del conductor. Extrañado, Carlos miró hacia todos lados, preguntándose de dónde habían salido esos dos, ya que la Casona era la única construcción en varios kilómetros a la redonda. —Quizá podría ayudarles a ver qué pasa con el radiador. Tal vez lo único que necesita es agua —acotó Carlos, viendo acercarse al hombre. Detrás, una mujer bajaba de la movilidad y se acercaba hacia ellos. Caminaba con las manos ocultas en la espalda. Hubo un silencio incómodo, hasta que la mujer levantó una escopeta apuntando a Carlos. —Dijiste que la casa estaba vacía —reclamó la intrusa justo el momento que apareció James detrás de su padre. —¿Papá? —exclamó el niño que salía a llamar a su padre para cenar. —¡Entra, hijo! ¡Rápido! La mujer se precipitó hacia Carlos y, antes de que éste pudiese reaccionar, le dio un culatazo que lo hizo caer mareado. Entre confusos y oscilantes nubarrones vio al hombre correr detrás del niño, segundos antes de recibir otro culatazo que lo desmayara.

\*\*\*

Era de noche y todos dormían, pero James había bebido mucho líquido en la cena y le dieron ganas de ir al baño nuevamente. A oscuras, se sentó al borde de su cama y echó una mirada a Laura, su hermana menor, quien dormía apaciblemente en la otra cama. Se puso de pie y salió hacia el baño. Afuera, la lluvia golpeaba contra las ventanas como si una mano misteriosa arrojara tierra contra ellas. El muchacho sentía los ojos ardientes y el corazón le golpeaba el pecho. Fuera del garzonier, en la cocina, empezó a sonar un ruido retumbante, como el de las puertas de las gavetas que se abren y cierran bruscamente. Incluso percibió ruidos de pasos. En la sala de estar había un espejo, y cuando el muchacho salió del baño, vio reflejada en lo más hondo de su burbuja de plata una sombra humanoide que inmediatamente desapareció. El muchacho sintió mucho miedo y los dientes empezaron a cascabelear. Parecía que el miedo lo acechaba constantemente después de lo que él y su familia habían experimentado aquella terrible noche. Tenía que sobreponerse y vencer esa horrible sensación que lo atormentaba, por lo que decidió salir a ver qué era lo que ocasionaba esos ruidos.

En la oscuridad de la cocina los ruidos huecos se hacían más fuertes, luego, éstos se trasladaron al vestíbulo. James se detuvo bajo el umbral de la cocina, mirando hacia el pasillo que daba al vestíbulo. Caminó lentamente hacia las gradas y se detuvo a escuchar los ruidos que parecían haberse trasladado a un extremo de la pared. Bordeó las gradas y encontró una pequeña puerta justo en la esquina. La puertita se abrió sola y dejó ver en la negrura de su vientre unos peldaños que bajaban hasta perderse en la oscuridad. Tomó aire llenando sus pulmones, como si de esa manera se llenara de valor para poder descender los peldaños. Abajo, James se topó con la cadenilla de la lámpara, y, al jalarla, el recinto se iluminó con una luz pálida y amarillenta. Era el sótano donde estaba la caldera, un extenso cilindro de metal, que se erguía sobre dos bloques

de concreto. Se extendía bajo una enredadera de cañerías y conductos que zigzagueaban hacia arriba hasta perderse en el techo, alto y lleno de telarañas. A la derecha de James, un tubo de calefacción atravesaba la pared que lo separaba del caldero colocado en un pequeño ambiente contiguo. La luz empezó a titilar y las sombras empezaron a rodearlo. Por detrás se acercaba una jadeante forma humanoide que lo obligó a subir corriendo los peldaños; corrió hacia el pasillo, pero aquella sombra se acercaba cada vez más, tambaleante, oliendo a sangre y a decadencia. La forma que avanzaba sobre él,apestaba con un hedor agrio, enorme, cortando el aire con un horrendo susurro. El monstruo ya estaba sobre él; lo había alcanzado, allí, acurrucado, con la espalda contra la pared. Pero james sacó fuerzas de donde no había, y poniéndose de pie, emprendió una carrera hacia la cocina. Sin embargo, la puerta estaba cerrada y vio con un horror insidioso que estaba en una especie de callejón sin salida. Desde todos lados, las paredes lo asediaban como ondulantes fantasmas. Retrocedió contra uno de los muros, llorando de terror; el corazón le golpeaba como el de un conejito que había caído en una trampa. Al apoyar la espalda contra la pared, las piernas se le aflojaron y su cuerpo se desplomó sobre la alfombra. Al cabo, despertó en su cama; sus padres lo miraban, preocupados. Pero, james no les contó lo que había experimentado. El niño era consciente de que había roto la promesa.

\*\*\*

A la siguiente noche, en medio de la oscuridad y con rugir del viento y de la lluvia que azotaba fuera de la casa, James estaba otra vez frente a la puerta que daba al sótano. Con la sensación de que la piel le picaba y se le estremecía bajo la ropa de algodón, miraba fijamente la puerta con una especie de avidez aletargada. Su respiración era

lenta y emitía un leve ronquido al exhalar. No había tenido la intención de venir aquí, después de lo ocurrido; era un lugar prohibido. Lo había prometido. Todos lo habían hecho. Pero ahí estaba, frente a la puerta del sótano; le daba miedo, le daba miedo haber desobedecido a su padre. —“Ahí dentro están los demonios” —la idea le hizo dar un salto atrás. Era como si ese pensamiento lo hubiera picado como un insecto, zumbando, seduciéndolo de forma malévola.

Tomó el pomo de la puerta y la giró; un crujido sordo dio paso a la oscuridad; entonces, algo espantoso ocurrió. De entre la penumbra saltó una mujer, pálida y aterradora. Los ojos, vidriosos y enormes como canicas, estaban fijos en los de James. La cara sonreía; una mueca separaba los labios morados, las manos crispadas querían ceñirse alrededor de su cuello como las pinzas de un cangrejo.

James intentó dar un alarido, pero éste jamás salió de sus labios; al contrario, éste se precipitó a través de su pecho, hundiéndose en la oscuridad de su ser como una roca en un pozo. Tambaleante, cayó hacia atrás. La mujer se enderezó. Todavía sonriendo, con los enormes globos oculares fijos en él, fue enderezándose lentamente. James giró, apoyándose sobre sus rodillas, dio la vuelta en redondo y huyó a toda velocidad con los ojos saltándosele de las órbitas y los pelos de punta. Llegó a la puerta de vidrio del garzonier, pero estaba cerrada, y empezó a golpearla con los puños, sin importarle que ésta pudiese romperse. De sus labios salían alaridos ensordecedores, tan agudos que sobrepasaban el umbral de lo que era capaz de percibir el oído humano. No podía hacer más que vapulear la puerta; mientras, mirando de rato en rato hacia atrás, veía que la monstruosa mujer se acercaba; las manos extendidas, las piernas rígidas como si no tuvieran articulaciones. La puerta no se abría, no, no se abría. James cerró los párpados. Las manos se le contrajeron en puños. El esfuerzo de la concentración le encorvó los hombros, entonces las

manos huesudas y amoratadas se le cerraron suavemente en torno del cuello y lo obligaron a darse la vuelta para mirar el rostro exánime e inexpresivo de la mujer.

\*\*\*

—¡Dios! —soltó Carlos—. Y los moretones, James, ¿quién te los hizo? El rostro del muchacho se ensombreció. —El demonio del sótano, papá. —dijo y los labios empezaron a temblarle. Carlos y Tania intercambiaron una mirada de inquietud. —¿No habíamos hecho una promesa de no acercarnos al sótano? —preguntó Carlos, molesto. —Sí, papá. —¿James? —Carlos sostuvo la cara de su hijo con ambas manos—. Sabes que no debemos acercarnos a ese lugar, ni salir de la casa. Es importante acordarse de esas dos únicas reglas. —Pero, papá. No me gusta estar encerrado en la casa. Hace varios días que el tiempo fuera es bueno y... —Yo sé por qué lo digo, hijo —dijo Carlos en voz baja—. No quiero volver a repetirlo. Nadie sale de esta casa y nadie se acerca al sótano, ¿entendido? —Sí, papá —dijo, bajando la mirada. —Ahora descansa. No queremos que tu hermana se despierte. Cuando Carlos y Tania entraron en su habitación, ninguno se atrevió a decir palabra, sin embargo, Carlos sentía que Tania estaba intranquila. —¿Ahora qué es lo que te pasa a ti? —preguntó, mirando a su mujer. —Tú sabes bien lo que me pasa, Carlos. Hasta cuándo piensas que seguiremos así, con esas estúpidas reglas. —Estúpidas, ¿dices? —gruñó—. Lo único que hago es proteger a esta familia, ¿entiendes? —Has desconectado las líneas telefónicas, no atiendes a nadie que se atreve a venir a tocar a la puerta. Nos tienes completamente aislados. —¿Y cómo pretendes que abra la puerta a cualquiera? —preguntó indignado—. ¿O ya te olvidaste de lo que pasó? —¿Hasta cuándo pretendes seguir con esta locura? Pronto los Coleman estarán de regreso y... —¡Calla! No me atormentes con tus peroratas. Yo ya veré qué hacer

cuando llegue el momento. Por unos instantes hubo un silencio perturbador. —¿Qué hay en el sótano, Carlos? ¿Qué ocultas? —preguntó Tania, resistiéndose a dejar ahí el tema. —Nada. Simplemente no deseo que ninguno de ustedes se acerque al sótano. Yo sabré por qué les digo. —Tú crees saberlo todo y actúas como un demente. —¿Demente por querer proteger a mi familia? ¡Por favor! —Si proteges a la familia ¿por qué tienes que meterles a la cabeza historias de que hay demonios en el sótano? ¿No te das cuenta de que los aterrorizas? Carlos sostuvo de los hombros a Tania y la acercó hacia él mirándole fijamente a los ojos con una expresión desesperada. —Escúchame bien, Tania; en el sótano hay demonios, dos demonios que yo mismo encerré—dijo frunciendo el entrecejo—. No quiero que ni tú ni los chicos se acerquen, ¿entendido? Y ya no quiero que hablemos del tema. Aquí se hace lo que yo digo, porque sé lo que es mejor para la familia. Tania se quedó en silencio, mientras Carlos se recostaba en la cama y le daba la espalda enfadado.

\*\*\*

—¡Detenla!, tienes que detenerla, Carlos —gritaba Tania desesperadamente. A toda prisa, la pequeña Laura corrió hacia la puerta del sótano y entró, ingresando en el débil resplandor amarillento que irradiaba la única luz del cuarto donde ardía el caldero. Velozmente, Carlos se precipitó por las escaleras y se topó con James en el último escalón. —¿Tú qué haces aquí? ¿No fui claro al decirte que está prohibido entrar al sótano? ¿Acaso ustedes, par de malcriados, no entienden? —recriminó al muchacho mientras, forzando la vista, intentaba localizar a Laura entre las difusas imágenes del lugar. —Yo no estoy en el sótano. Tampoco tú, papá —acotó el muchacho, con una

risita socarrona—. En realidad estás en un lugar muy profundo de ti mismo, un lugar donde estoy yo, Laura y mamá. Somos una parte de ti, papá. ¿No lo ves? — ¿Quién eres tú? — ¿Quién crees que soy? — No sé quién eres, pero no eres James, no eres mi hijo. ¿Dónde está mi familia?... quiero a mi familia... ¿Dónde está? —gritó tratando de golpear a lo que le hablaba, pero sus puños atravesaban el cuerpo inmaterial de aquella cosa que se le reía en la cara. —Yo no oculto nada, papá. Eres tú el que lo hace. Porque tú sabes, tú sabes papá —gruñó el pequeño. —¡No! Tú no eres mi hijo, no eres James —gritó—. Esto es una pesadilla, sólo una pesadilla. ¡Dios! —Tú lo sabes —continuó el muchacho, mientras empezaba a acercarse—. ¿No lo ves, papá? Estás profundamente dentro de tu mente, en un lugar de donde nadie te puede salvar —risas sarcásticas—. No estamos solos, papá; los demonios, a los que encerraste, están aquí, esperando por ti —dijo llevándose un dedo a la boca, como para indicarle a su padre de que guardara silencio—. Nadie vendrá a salvarte; donde tú estás nadie puede llegar jamás. Aquí no hay día ni noche, no hay reloj que funcione. No hay llaves para ninguna cerradura. Las puertas no volverán a abrirse para ti nunca más —risa siniestra—. ¡Shhhhhhh! Ya vienen por ti. — ¿Quiénes vienen por mí? —preguntó Carlos en un susurro aterrado, escuchando una resonancia de golpes irregulares, que se iban acercando; cada vez se oían con más fuerza—. ¿Es Tania? —clamó Carlos—. ¿Es tu madre la que se me acerca? El niño no respondió, simplemente se quedó mirándolo con ojos burlones, pero Carlos no necesitaba respuesta. Intuía lo que estaba aconteciendo. Poco a poco una fuerza se había acrecentado ruidosamente, como la fuerza destructora de un huracán al llegar a tierra firme. El niño dio media vuelta con espasmódicos pasos de marioneta y se alejó perdiéndose entre las sombras. Carlos, con el cora-

zón retumbándole espantosamente en el pecho, despertó emitiendo un grito de terror.

El contratista se acercaba en su movilidad a la zona de parqueo de la casona, ésta se alzaba frente a él imponente. Desde la primera planta las ventanas iluminadas arrojaban sobre el patio largos rectángulos de luz amarilla. El hombre se bajó del vehículo, llegó a la puerta que se abría sobre el vestíbulo y golpeó fuertemente esperanzado a que Carlos le abriera. Nadie salió. Metió la llave en la cerradura, giró el picaporte y abrió lentamente la puerta, asustado de lo que podría encontrar dentro. Entró cautelosamente, todo estaba en silencio; la casona parecía vacía. El horror se le infiltró lentamente en las venas y en el cerebro, mientras empezaba a andar por el corto pasillo. Todo estaba en completo desorden; las sillas volcadas, los adornos rotos en el suelo, vidrios punzantes por aquí y por allá. Se dirigió hacia la cocina y descubrió todos los utensilios en el suelo, platos y vasos hechos añicos, la puerta del refrigerador abierta con la luz de su interior parpadeando intermitentemente. Miró hacia la puerta de vidrio que daba al garzonier, ésta estaba resquebrajada completamente.

El contratista ingresó con mucho cuidado y empezó a debatirse con un sinfín de pensamientos, y la oscuridad y el garzonier comenzaron a oscilar. La imagen de Carlos, a lo lejos, se hizo quimérica y confusa. Se acercó prudentemente y se posesionó detrás de la puerta del dormitorio de la pareja. Entonces lo vio, vio a Carlos hablando solo.—Papá, por favor, dile a mamá que quiero comer espagueti. Hace tiempo que no comemos fideos —dijo Carlos, imitando la voz y las muecas de la pequeña Laura. De repente, Carlos se puso en pie y se sentó al otro lado de la cama—.Tal vez mañana, hija. Hoy le toca escoger a James —respondió con su voz normal, volviéndose a poner de pie y a situarse cerca de la ventana—. Deja que por esta vez decida Laura, amor —dijo ahora, simulando la voz de



Tania—. ¡No, mamá! Escuchaste a papá, ahora me toca elegir a mí. Hoy comeremos albóndigas con puré— soltó, copiando la voz y las maneras del pequeño James.

El contratista lo miraba aterrado y, habiéndose olvidado de que había vidrios rotos en el suelo, dio un paso. El ruido captó la atención de Carlos, quien inmediatamente se situó contra la pared. —Aléjese, por favor, aléjese. —Señor Vásquez, lo he llamado por teléfono toda la semana sin que nadie me conteste. Ayer vinieron los de la empresa de limpieza y tampoco les abrió la puerta. —¡Váyase! ¿No ve, acaso que los espanta? —¿Espanto? ¿A quiénes? —Espanta a mi familia. ¿Ve? Por su culpa ya se fueron, se fueron a meter al sótano, dónde no debería ir jamás. —No lo comprendo, señor Vásquez, ¿de qué me está usted hablando? —Se metieron al sótano, donde están los demonios. ¿Acaso no los vio salir corriendo? —No vi a nadie. Sólo a usted hablando solo. ¿Se encuentra usted bien? Carlos se le acercó y se quedó mirándolo a los ojos por un momento. —¿Quiere que se lo muestre? Acompañeme —dijo, saliendo hacia el vestíbulo. —Que lo acompañe ¿dónde, señor Vásquez? —preguntó intrigado, saliendo detrás él.

Carlos lo esperaba abajo, al pie de las gradas del sótano, mientras el contratista descendía con recelo, sintiendo un olor nauseabundo, como a carne podrida. Se llevó la manga de su chaqueta a la nariz y se quedó perplejo. —Pero, ¿qué es lo que apesta aquí abajo? —se preguntó, dando arcadas de asco. A un lado de la habitación, cerca del caldero había un promontorio cubierto con una frazada. El contratista se acercó, pero Carlos se dirigió al otro extremo del sótano y se detuvo al lado de una mesa donde reposaba algo que el contratista no podía reconocer. —¡Aquí están! Véalos usted mismo. El hombre se acercó percibiendo que el hedor se intensificaba a cada paso. Cuando se aproximó lo suficiente a la mesa echó un grito de espanto. Dos cuerpos completamente desnutridos estaban recostados y amarrados con correas sobre el

mueble, ambos desnudos. Un hombre y una mujer, lado a lado. A un extremo de la mesa, sobre la cabeza de los individuos, había un botellón de agua amarrado a una especie de trípode y de ella caía una gota de agua cada cierto tiempo directo a las cabezas de los cautivos, de tal manera que si alguno de ellos deseaba que la gota de agua ingresara a su boca, solamente debía reclinar la cabeza hacia atrás. —Pero, ¿qué es esto? ¡Por amor a Dios! ¿Qué ha hecho? —Son los demonios que atacaron a mi familia. El contratista seguía al lado de la mesa, cubriéndose la nariz y la boca con las mangas de su chaqueta. Cuando, de repente, el cuerpo que estaba sobre la mesa junto a él, tuvo un violento espasmo que ocasionó que el hombre diera un salto hacia atrás. —Ayuuuudeemeeeee...—dijo el moribundo, estirando su brazo para aferrarse de la chaqueta del contratista. A diferencia de la mujer, el infeliz continuaba con vida, pero su cuerpo era un guiñapo seco que delineaba con detalle los huesos que contenía dentro. Entonces el contratista recordó el promontorio cubierto con la frazada. Caminó hacia el otro extremo del sótano invadido de un frío terror y se detuvo a los pies del promontorio. Vio cómo Carlos se quedaba detrás de él, sollozando. —No pude hacer nada. No pude defenderlos.

El contratista, con un violento movimiento, hizo a un lado la frazada y vio la masa compacta de carne putrefacta. Los cuerpos de Tania y los dos pequeños reposaban en una espeluznante postura. —Quise morir cuando, al despertar del golpe, encontré a mis hijitos y a Tania tendidos en el suelo, en medio de charcos de sangre —dijo con lágrimas en los ojos—. Cuando encontré a esos demonios robando en la alcoba de los Coleman, los abatí a golpes, los arrastré, uno a uno, aquí abajo y les di su merecido —soltó una carcajada mezclada con llanto—. Merecían morir lentamente. De eso, me encargué. El contratista escuchaba horrorizado la espeluznante historia. —Bajé a mi familia y tomé la decisión de quedarme echado junto a ellos

hasta que llegará mi hora —dijo suspirando hondo—. Pero esos demonios no dejaban de gritar y gritar y gritar. Pero era el castigo que yo merecía por no haber protegido a mi familia. Escuchar sus gritos y lamentos durante días enteros. Cuando la debilidad se había apoderado completamente de mi cuerpo y sentía a la muerte acercarse, los vi, vi a mis hijos jugando cerca al caldero, fue entonces cuando escuché claramente la voz de Tania arriba, en el vestíbulo. Para entonces, los demonios ya habían dejado de gritar. ¡Sí! La vida me estaba regalando una segunda oportunidad. Pero, esta vez me ocuparía de ellos, cuidaría a mi familia más que a nada. Nadie podría lastimarlo nuevamente. Nadie. Carlos cayó de bruces y llevándose las manos a las sienes, empezó a imitar las voces de sus hijos y la de Tania, como quien recita el guión de una obra de terror.



## CONTENIDO

5.- El fabricante de cenieros

15.- La casona

Sisinia Anze Terán, novelista boliviana. Autora de 11 libros, entre ellos: *Juana Azurduy*, *La Lanza de Longinos*, *La Clonación de Cristo*, *Las Últimas Profecías*. Empezó su carrera literaria el año 2009 con la novela: *El Abrigo Negro*, que debido a su contenido histórico, fue incluida por la Dirección Departamental de Educación de Cochabamba como texto de lectura complementaria en Unidades Educativas de esa ciudad.



Ex Libris  
Diaboli  
Lingua

El fabricante de ceniceros  
de Sisinia Anze terán  
se editó en marzo de 2021 en  
el antiguo barrio de La Carolina  
Cuernavaca, Morelos, México  
y se compartió libremente.  
Derechos reservados la autora y  
Lengua de Diablo Editorial.



LENGUA DE DIABLO  
■ COLECCIÓN PIXEL